Por el Profesor de Clínica Infantil y Patología General

SR. DR. DN. CARLOS R. SÁNCHEZ.

Bases para la formación de Programas Escolares

Entre los múltiples y variados problemas de la pedagogía moderna, ninguno acaso es más interesante ni de mayor actualidad, que el relativo a las BASES PARA LA FORMACION DE PROGRAMAS ESCOLARES.

En el Ecuador desde hace algunos años há, observamos complacidos, el progreso de la Instrucción Pública en general y de la primaria en particular; pero, como pasa en todo país nuevo, no se ha llegado todavía a establecer científica y definitivamente esas BASES que han de servir de sólido cimiento para levantar el gran edificio de la educación y del alma nacional. Se ha procedido por ensayos sucesivos; se ha tratado, como para las Legislaciones, de imitar y adaptar los programas vigentes en otros países que han consultado sabiamente sus condiciones de raza, de clima, de posición topográfica, de medio ambiente y, sobre todo, sus condiciones fisiológicas. Estas adaptaciones e imitaciones de los Programas Escolares que en otras naciones tienen su razón de ser, nos han llevado, desgraciadamente, casi al empirismo y anarquía en materia pedagógica.

El Ecuador es un país excepcional por su posición topográfica, por la diversidad de razas y de climas, por el distinto medio ambiente característico de cada una de sus vastas regiones y, so-

bre todo, por las condiciones fisiológicas tan variadas en las que, comparadas con las de otros países, viven sus habitantes en las diferentes zonas. Solo teniendo en cuenta estas múltiples condiciones, se podría quizá llegar a sentar las BASES más racionales para la formación de los programas escolares. La tarea, difícil por cierto, no correspondería a un solo hombre, a una sola inteligencia, a una sola voluntad. Se necesitaría, para la armonía del conjunto y para su práctica aplicación, el que cooperasen para ese único fin, tanto el filósofo como el pedagogo, el jurisconsulto como el médico. La medicina, talvez más que las otras ciencias, presta su concurso para la realización de la obra educadora. La medicina y la educación—dice el Dr. Nobècourt, eminente Profesor de Clínica Infantil en la Facultad de París—tienen entre éllas numerosos puntos de contacto y es indispensable, por lo mismo, la colaboración del médico y del educador para que la educación se haga en buenas condiciones y cumpla su elevada finalidad.

Schuyten, Claparede y Binet, psicólogos y educadores de gran valor, han combatido siempre la "escuela sobre medida" que no consulta nunca el conocimiento científico del niño. Sería, pues, necesaria, para la formación de los programas escolares, una dosificación científica y más o menos exacta de los elementos físicos, intelectuales, morales y sociales que forman los elementos de un mismo todo, el niño. Precisa tener en cuenta para la formación de esos programas, que el niño vive una vida de constante evolución hasta la época de la pubertad, el despertar gradual de sus facultades intelectuales, el desarrollo de sus aptitudes especiales y las anomalías que, presentándose en el período de crecimiento, pudieran modificar notablemente las condiciones psíquicas y romper así, el equilibrio inestable en que viven todos los seres. Como dice Mery, es necesario antes de fijar lo que el niño debe aprender, determinar lo que puede aprender.

El niño así como no debe ser sometido a una misma disciplina, no debe tampoco ser sometido a una misma cultura intelectual. El número de materias que se enseñan y, por consiguiente, el recargo en los programas escolares, no consultan en ningún modo las aptitudes infantiles en las diferentes edades a fin de que resulte una provechosa asimilación. La Pedagogía moderna debe ser una ciencia que se base en la observación y, más que todo, en la experiencia. Sólo las ciencias experimentales y alejadas por consiguiente de teorías e hipótesis dogmáticas, son las únicas que nos permiten formular conclusiones si no definitivas, por lo menos estables. Los métodos de experimen

tación, en efecto, y los trabajos pacientes efectuados en los laboratorios, han demostrado claramente cuán dañoso es, para el niño, una enseñanza mal adaptada al desarrollo siempre en evolución de sus facultades intelectuales. Cuando se puede determinar la fatiga intelectual y reconocer las causas que la producen, es posible hasta fijar qué trabajos y qué métodos intervienen en su producción. No preconizamos, desde luego, para la formación de programas escolares, un sistema así, basado en estos trabajos de laboratorio ya que todavía—y entre muchas otras causas—por la imposibilidad de poderlos llevar a la práctica, no podría establecerse en nuestras escuelas. Esto no quiere decir, desde luego, que los pedagogos que quieran orientar la educación hacia horizontes más amplios, han de descuidar uno de los puntos principalísimos, la psicología infantil.

El conocimiento científico del niño, debería ser la constante preocupación del pedagogo. Es indispensable, como lo decía Orth, conocer la materia sobre la cual se quiere trabajar, para establecer el régimen que convenga. La base, pues, para la educación y, por consiguiente, para la formación de programas escolares ha de ser rigurosamente una base higiénica y racional. Sin desconocer cuánto hemos avanzado y sin desconocer también la bondad de algunos métodos antiguos, podemos afirmar que entre todas las ciencias, es sin duda la Pedagogía la que vive en más constante evolución. Sólo a las Matemáticas y aun a éstas dentro de su carácter de relatividad, podemos considerarlas como *ne varietur*. La preocupación del educador consciente de la inmensa responsabilidad que le incumbe, ha de ser la de buscar siempre amplios caminos y horizontes nuevos. No existe, hasta hoy, una Pedagogía infalible, perfecta y definitiva.

Los métodos de enseñanza empleados en nuestras escuelas, adolecen del grave defecto de la inadaptación. Al formular los programas de enseñanza, no se ha tenido en cuenta las diversas aptitudes del niño en los diferentes períodos de su evolución mental y se ha realizado, insensiblemente, en la práctica, la "escuela sobre medida". Falta, además, en la enseñanza, el gran factor del interés, de ese interés que atrae y hace cobrar gusto y afición por las materias que se aprenden. Cuando no hay ese interés atrayente, la enseñanza no responde ni a las aspiraciones naturales del niño y menos a sus necesidades instintivas y fundamentales. Por esto decía con mucha razón Van Biervliet que a la enseñanza que no estuviere basada en el interés y en el conocimiento psicológico del niño, se la podía comparar con un banquete al que asistieran cincuenta convidados de los cuales so

lo tres o cuatro, demostrarían apetito excelente; veinte o treinta probarían apenas los exquisitos manjares y el resto se contentaría con solo ver pasar los platos que se sirven y así —continua Van Bervliet—como hay apetitos, hay inteligencias. Los excepcionalmente vivos asimilan todo y digieren los alimentos más pesados; a los otros, la ciencia presentada según los programas y métodos en uso, les es completamente indigesta.

Sin tener en cuenta el desarrollo psíquico del niño y sin considerar que su desarrollo mental se hace por la influencia del medio y por las percepciones de origen sensorial, se ha establecido una pedagogía única y un método pedagógico también único. En las primeras etapas de ese desarrollo, las adquisiciones que ofrece el mundo exterior se hacen casi exclusivamente por los órganos de los sentidos (educación sensorial) y es sólamente después, cuando intervienen en la educación factores de tanta importancia como el esfuerzo mental y la voluntad. No se puede, por lo tanto, imponer al niño sin un conocimiento científico de sus aptitudes, una pedagogía única y definitiva. La escuela antigua que solía dar muy poca importancia a la educación sensorial, consagraba toda su actividad a desarrollar en el niño, una sola facultad, la memoria. Saber de memoria—decía el gran psicólogo Montaigne—no es saber. Y en efecto, cultivar sólo la memoria con detrimento de las demás facultades intelectuales, no es hacer una obra pedagógica consciente. Pero desgraciadamente la escuela moderna reacciona en un sentido inverso. Se procura desarrollar las demás facultades intelectuales descuidando de cultivarlas, con la memoria, en armónico conjunto. Un criterio ecléctico entre estas dos tendencias se podría acaso adoptar para la formación de programas escolares.

Hasta hoy se han descuidado bastante las condiciones higiénicas que deben regir toda enseñanza. El estado físico del niño ejerce una poderosa influencia sobre el estado mental y sobre el estado general. Procurar, por todos los medios, el estado higiénico del alumno es contribuír al desarrollo armónico de sus facultades intelectuales. La influencia del estado físico sobre el estado psíquico es innegable.

De aquí la necesidad de hacer paralelamente la educación intelectual y la educación física. Hay que cultivar la inteligencia y procurar, al mismo tiempo, la higiene corporal. Quien se hace hombre por el vigor decía el notable pedagago Juan Jacobo Rousseau lo será indudablemente por la razón. La educación física para que sea científica, ha de tener, pues, como base, el conocimiento de a fisiología de los organismos en crecimien-

to. Solo así se puede alcanzar el efecto higiénico que manteniendo a estos organismos en las más perfectas condiciones de equilibrio vital, contribuye poderosamente a la educación intelectual propiamente dicha.

En los organismos, dicen los fisiólogos, todo es solidario y armónico. Si pues, es tan manifiesta esa influencia, no se puede menos de tener en cuenta para la formación de programas, el gran factor del conocimiento psicológico del niño, ya que solo así, se puede llegar al fin principal que debe perseguir la enseñanza escolar, esto es el desarrollo ortopédico de las facultades intelectuales. Constituye también la base de toda enseñanza, la educación de los órganos de percepción, ya que todo lo que el niño adquiere en el mundo exterior, le sirve como de sólido cimiento para la educación en general. Cuando el niño tiene conocimiento exacto de los objetos que ha percibido, desarrolla después, con facilidad, la gran facultad de la imaginación. Hay que conducir a las ideas, decía Seguin, por la educación de los sentidos.

Queda, por fin, otro de los factores esencialísimos que se ha tener muy en cuenta para la formación de programas escolares: el cultivo de la voluntad, ya que las primeras manifestaciones voluntarias del niño, en la vida escolar, se han de traducir en una amplia comprensión de las materias aprendidas y han de conducirle después, lenta y gradualmente, al desarrollo de sus facultades superiores: juicio, reflexión y raciocinio.

CONCLUSIONES:

1ª Las materias de enseñanza deberían repartirse según las aptitudes intelectuales del escolar, en los diferentes períodos de su evolución a fin de que los métodos pedagógicos puedan también establecerse, según el desarrollo psíquico del niño.

2ª El conocimiento de las condiciones fisiológicas en que viven los organismos en crecimiento es un punto importantísimo para fijar, con adecuación, los programas escolares. En el Ecuador hay que tomar en cuenta no sólo estas condiciones fisiológicas sino las que se refieren a las distintas razas, climas, posición topográfica y medio ambiente. Sería ilógico establecer un programa único: al niño de la ciudad y al niño campesino; al que habita en la sierra y al que habita en la costa, hay que señalarle orientaciones diversas. El objeto de la Escuela es

formar hombres para el mañana y para llegar a este fin educativo de tanto alcance, es necesario desarrollar en los ciudadanos del porvenir, el espíritu de iniciativa y la conciencia de su personalidad. Así se forman bien los caracteres y se les prepara para las necesidades que la vida impone en la lucha diaria. El ideal de la escuela moderna debiera ser la orientación profesional para la vida post-escolar,

3ª Convendría que la enseñanza fuere en lo posible, una enseñanza objetiva teniendo en cuenta que para el progreso de la instrucción, vale más ir de lo concreto a lo abstracto que de lo abstracto a lo concreto,

4ª La educación en los primeros grados, debe basarse en las adquisiciones que hace el niño por intermedio de las percepciones de origen sensorial,

5ª Cultivo armónico y gradual de las facultades intelectuales y de la voluntad.

6ª La base higiénica y racional sería muy de tomarse en cuenta ya que el estado físico del niño y las condiciones higiénicas en que vive, ejercen una poderosa influencia sobre su estado mental, y;

7ª Dar amplio campo a la iniciativa del Profesor para que en la práctica y con conocimiento ya de la materia sobre la que tiene que trabajar, pueda establecer el régimen que más le convenga. Cabe muy bien repetir aquí: antes de fijar lo que el niño debe aprender, hay que determinar lo que el niño puede aprender. Y esto, sólo el maestro puede realizarlo con el conocimiento perfecto e individual que se hubiere formado de sus alumnos. Para esto se requiere desde luego que el maestro conozca bien la psico-pedagogía y sí creemos que en la actualidad el magisterio ecuatoriano está capacitado para imprimir nuevos rumbos a la enseñanza y para buscar mejores y más nuevos horizontes, hasta llegar acertadamente a sentar las bases del progreso nacional, sobre la educación bien comprendida del Niño.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FUNDADA EN 1651 QUITO ÁREA HISTÓRICA